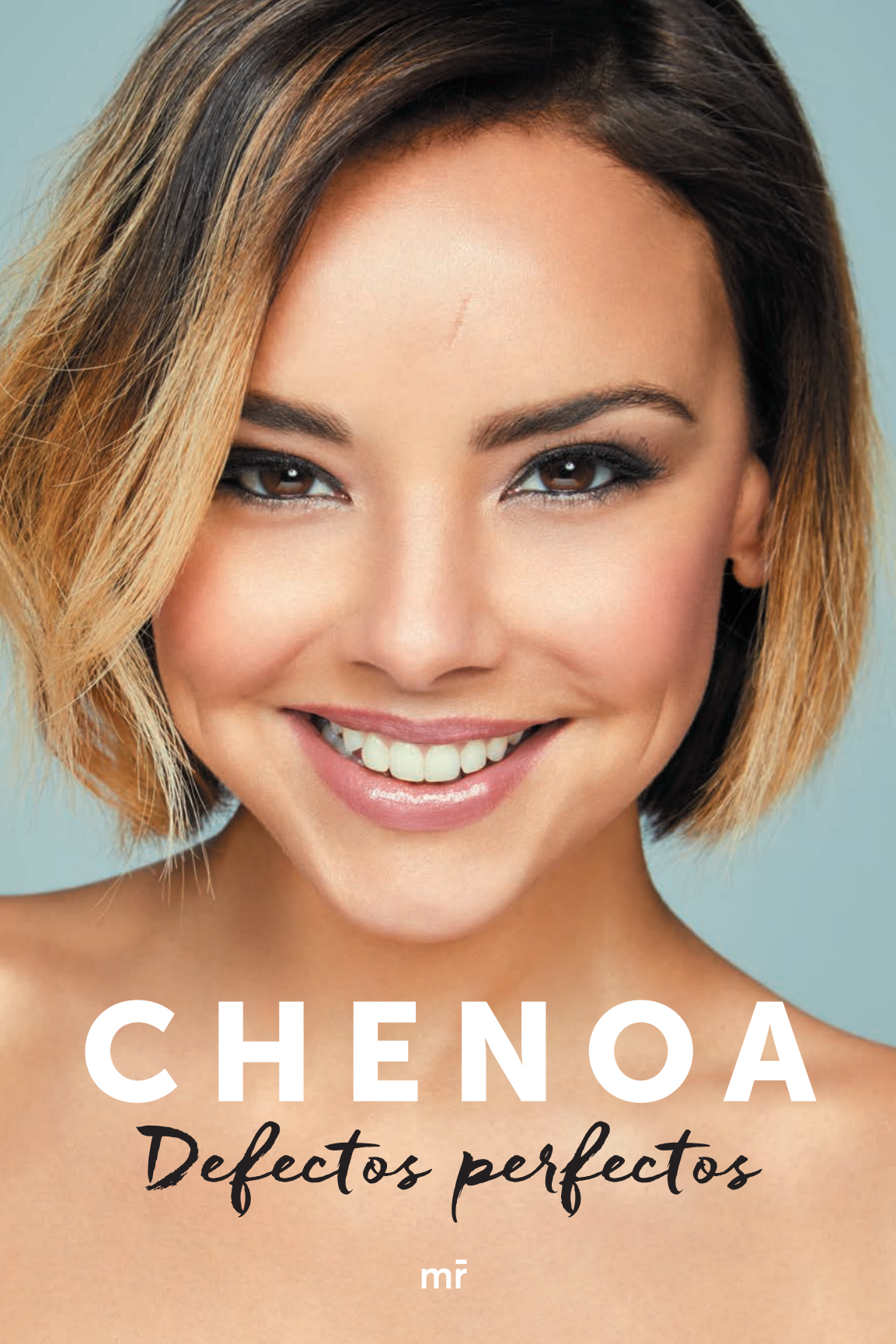




CHENOA

Defectos perfectos

m̄r

Chenoa

Defectos perfectos

mī

© Chenoa, 2017

Edición y fijación del texto: M.^a Soledad Aguirre Gutiérrez

© de las fotografías de interior: archivo de la autora (primer pliego);
José Irún (segundo pliego)

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2017

ISBN: 978-84-270-4380-0

Depósito legal: B. 13.429-2017

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Rodesa

Printed in Spain-Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

I. ¿Quieres triunfar?	11
II. Me llamo Chenoa	29
III. La Academia	39
IV. El miedo al rechazo	53
V. Con nadie	77
VI. Madrid	91
VII. <i>Welcome to Miami</i>	107
VIII. Muerte y resurrección	129
IX. Otra dirección, por fin	145
X. Soy humana, entre amigos	161
XI. Desnuda en <i>Interviú</i>	173
XII. El reencuentro	181
XII. Mis desahogos, mis rarezas	191
XIV. <i>Tu cara me suena</i>	207
Epílogo	217

¿Quieres triunfar?

Me preparé un café cargadito.

Lie un cigarro.

Había visto el anuncio unos días antes en La 1.

«¿QUIERES TRIUNFAR?

PARTICIPA EN NUESTRO CONCURSO»

Marqué el número que había apuntado en un *post-it* amarillo. ¡Supersticiones a mí! «Este número no existe». ¿Pero qué dices, teléfono insensato? Volví a marcar. De repente, el teléfono existía y un contestador me pedía que dejara mis datos. «Me llamo Laura, soy cantante, vivo en Palma de Mallorca, mi móvil es este». No hay mucho más que decir. Ah, sí...: «... y claro que quiero triunfar». Todo el mundo quiere triunfar. ¡Vaya tontería más grande! Eso no lo dije, pero lo pensé, quizá en voz alta.

Terminé el café, el cigarro, me pegué una ducha caliente y me fui a dormir. Era muy tarde. Siempre me pasaba lo mismo, llegaba del casino hacia la una, pero no me dormía hasta pasadas las dos por culpa del café, del cigarro, de la ducha y, sobre todo, de mi coco, que tenía la mala costumbre de centrifugar hasta las tantas.

Él siempre volvía a casa después que yo. También se iba antes. Era el jefe y tenía que preparar repertorio, decía. Por mucho que dicho repertorio fuera, durante semanas, el mismo. «Ya sabes, Laurita, siempre hay cositas que solucionar». Y yo asentía, porque eso era lo que había que hacer, decir que sí sin preguntar. Él sabía mucho; de la vida y de la música. Había sido discípulo de Paquito Rivera. De hecho, poco antes de que entráramos a trabajar en el Casino, conocí a Paquito y a Celia Cruz. ¡Qué fuerza de la naturaleza era aquella mujer! Todo iba muy bien en nuestro trabajo; en el casino me dejaron evolucionar, por fin. Primero amenizaba las cenas, luego los bailes y, desde hacía un par de años, formaba parte del show principal.

Me levanté a las siete, como de costumbre. Ya de camino a la guardería recordé la llamada que había hecho la noche anterior. Sería bonito. Sería maravilloso, para empezar, por salir de aquí. Y luego ya el resto. No te hagas ilusiones, Laura. ¿Cuántas maquetas, cuántas pruebas has enviado ya, sin respuesta?

Y la vida siguió, sin más. Sin volver a pensar en el número del *post-it* amarillo, para no alegrarme y luego entristecerme todavía más.

Días más tarde, mientras hacíamos la tercera limpieza de mocos del día (sí, la vida de la educadora infantil es glamurosa a más no poder), sonó mi teléfono. Lo llevaba en el bolsillo del babi. Ahora que caigo, si no creía que me fueran a llamar, ¿por qué lo tenía siempre encima? ¡Ay, qué listo es el subconsciente! También influyó que en el día de Reyes me tocó la figurita buena del roscón. Aquello era una señal inequívoca de que iba a ser mi año. Figuritas, bragas rojas, dedos cruzados, estampitas de santos varios en los bolsillos de mi bolso. Señales, amuletos, deseos.

—¿Laura Corradini?

—Sí, soy yo.

—Te llamamos del concurso de La 1. Perdona, oigo gritos, ¿tú no eras cantante?

—Sí, pero de día trabajo en una guardería.

—Ah.

Me contaron que no hacían *casting* en Mallorca, que tendría que desplazarme a Valencia. Pues, si hay que ir, se va. Una cosa es no emocionarse antes de tiempo y otra echar el resto. A eso sí me iba a lanzar. De cabeza y sin paracaídas, además.

Necesitaba pedir el día libre en mis dos trabajos. No lo había hecho en mi vida, así se me salieran los ojos de las órbitas por la fiebre. Pero esto era diferente, lo tenía clarísimo, no lo dudé ni un solo momento: les dije a mis jefes que me tenía que hacer unas pruebas médicas. No quería contar la verdad; me horrorizaba pensar en dar explicaciones si en el *casting* me mandaban a casa sin

más. «Voy a hacerme una citología, que como tengo unos quistes en los ovarios y unas molestias y unas cosas por ahí...». Lo ginecológico siempre ha sido un recurso muy útil para evitar preguntas indiscretas. Mucho mejor así.

Falta de apoyo.

A Él no le hizo ninguna gracia. «Es una tontería. ¿Por qué vas a eso? Te vas a llevar un chasco». Lo suyo no era animarme, precisamente. Ni escucharme. Ni verme.

Diez años antes me había presentado al *casting* para ser la vocalista de Olé Olé. Me hice un *book* y una maqueta y allá que la mandé. Tenía dieciséis años y aparentaba unos diez, con mi pelo largo, lacio y mi cara de niña india. Vamos, igualita que Marta Sánchez, que sí ganó. Mis padres tenían clarísimo que no me iban a elegir, pero aun así me ayudaron en todo lo humanamente posible. Porque de eso se trata en la vida, ¿no?, de apoyar a la gente que quieres para que consiga sus sueños, aunque a ti no te convenzan, aunque te parezcan una tontería.

No era eso lo que me pasaba con mi pareja precisamente. Yo tampoco le hacía demasiado caso desde hacía un tiempo, para qué vamos a engañarnos. Era quince años mayor que yo. Llevábamos seis años juntos. O mejor, cinco. A lo que éramos desde hacía un año no se le podía llamar pareja. Rutina, costumbre o aburrimiento definen mucho más nuestra relación. Lo recuerdo y no puedo evitar pensar en esa Escarlata O'Hara tan maravillosa: ¡A Dios pongo por testigo que jamás volveré a pasar por un hastío semejante!

Llegó el día D y él decidió que me acompañaba a Valencia. Yo tenía clarísimo que no venía para apoyarme, sino para controlarme en todo momento. Me sentía como los presidiarios que andan con la pesa atada al tobillo, pero a diferencia de ellos yo la llevaba porque quería. Ojalá hubiera sabido entonces todo lo que sé ahora. El amor no es sacrificio, ni posesión ni necesidad. Has de estar con alguien porque, aunque podrías vivir sin él, no te da la gana hacerlo. Lo más importante que me han enseñado los años y la vida es la diferencia entre poder, querer y necesitar. Deberían incluirlo en el temario de selectividad, si es que eso aún existe.

El avión aterrizó tarde en Valencia y llegué por los pelos al *casting*. De hecho, en todos los vídeos aparezco la última de la fila, que era larguísima. Me han preguntado mucho sobre aquella primera prueba, pero no recuerdo los detalles, solo que hacía mucho sol, que la cola era interminable y que yo estaba pensando en lo mío, concentrada totalmente. Los demás no me importaban. Aquella era mi oportunidad para saltar de esa rueda de hámster en la que se había convertido mi vida: casino, guardería, novio. ¿Cómo había llegado a eso?

Mi número era el ochenta y nueve, eso no lo olvidaré nunca. Si sumas $8 + 9$, el resultado es 17. Y $1 + 7 = 8$. Estábamos en agosto, que es el mes ocho. Si sumas la fecha de mi nacimiento, el resultado es ocho. Sí, soy muy de la numerología. Viva el número ocho.

Él entró conmigo en la sala donde hacíamos los *castings*. Yo llevaba mis tacones en el bolso y me los puse justo antes de subir al escenario a cantar.

—Tú has hecho muchos *castings* —me dijo alguien.

—No lo sabes tú bien, querida...

También recuerdo perfectamente la ropa que llevaba: unos Levi's que me había comprado en Portugal porque allí eran más baratos y que yo había tuneado para que fueran de pata ancha. Aún los tengo. Top rojo, mi pelo corto, sandalias rojas.

—Hola, soy el número 89 y vengo de Palma de Mallorca.

Canté «Killing me softly» por la mañana y «Last dance» por la tarde. Todos se sorprendieron cuando saqué mi CD con la música de las canciones. Muy profesional toda yo, nada de cantar a pelo, que una ya era perra vieja.

Él, ya que estaba allí, me había hecho sus conjuros cubanos: me pintó cruces en la espalda con cáscara de huevo, me puso mucho perfume porque decía que era parte de la bendición. Yo creo que era para minimizar el pestazo que debía echar aquel mejunge. No recuerdo el olor ni a los demás aspirantes. Nos pusieron una canción de Kool & the Gang para que bailáramos. Bailé. Siempre me ha gustado bailar.

Aquellas clases de baile

En Mar del Plata, como mis padres trabajaban todo el día, yo pasaba mucho tiempo con mi abuela, que era una

fan incondicional de las telenovelas. Mi madre, que aunque era extremadamente jovencita tenía las cosas muy claras respecto a nuestra educación, no quería que me pasara el día empotrada delante de la pantalla viendo «Los ricos también lloran», de manera que me apuntó a *ballet*, así de paso movía el culete. Cuando nos mudamos a Palma, seguí estudiando danza. ¡Qué caña nos daba Rosemary!, aquella profe de tremendo acento inglés. ¡Cómo la odiaba entonces y cómo le agradezco ahora todo lo que me enseñó sobre disciplina, coordinación y equilibrio! En la escuela de Rosemary conocí a mi amiga Elena, que hoy en día sigue siendo uno de los puntales de mi vida. Teníamos nueve años. Éramos pareja en todos los bailes de final de curso y en los exámenes, porque medíamos lo mismo. Seguramente también porque éramos igual de patosas. Nunca supimos dónde estaba la derecha y dónde la izquierda, lo cual era de lo más catastrófico cuando bailábamos la polka; Rosemary gritaba: «¡A la *deresha*!», y cada una iba para un lado. La cosa, con los años, no ha mejorado demasiado. Pasábamos muchas horas en aquella escuela. A veces también íbamos los sábados por la mañana. Como salíamos muy tarde y mis padres trabajaban de noche, Elena y su madre me acompañaban a casa. Bueno, también porque a esa edad lo único que quieres es estar con tu amiga el máximo tiempo posible.

Rosemary nos reñía sin parar. Era la típica profe de danza clásica superrestricta. Nadie se atrevía a decir ni mu

en sus clases, pero yo, que ya estaba gestando este carácter mío, le torcía el morro o le contestaba continuamente. El resultado eran más broncas o la expulsión del aula. Por supuesto, como yo me gané la fama de contestona, ante cualquier lío que se armara me culpaban a mí, aunque no hubiera tenido nada que ver. Qué injusta es la vida.

Cada año nos venían a examinar desde la Royal Academy de Londres. Cómo imponían aquellos profes que te hablaban en inglés, tan serios, tan británicos. Teníamos que ir con el tutú de uniforme y con el moño, que no se escapara ni un puñetero pelo, bien tirante y a reventar de laca. Parecía que nos hubieran hecho un *lifting*. No podíamos hablar, solo cuando se dirigía a ti la examinadora, siempre había que mantenerse en posición. Normalmente, mientras un grupo era evaluado, el siguiente esperaba en los vestuarios y, en una de aquellas, no sé qué pasó, pero yo pegué un grito tremendo. Se hizo el silencio y yo pensaba que me iban a degollar. No lo hicieron, pero me cayó la del pulpo.

Aquel día en el *casting* de Valencia, después de la prueba de baile, nos hicieron muchas preguntas sobre nuestra vida, nuestras expectativas, nuestros sueños. Yo contestaba riendo a todo. Quedé fatal. Estaba muy nerviosa. Nos llamaron uno por uno y me dijeron que estaba seleccionada. Aunque no me sorprendí, me alegré, claro. A esas alturas ya sabía que el hacerlo bien no era condición suficiente para dar el paso adelante, pero esta

vez la suerte, o la cáscara de huevo, o el número 89 estaban de mi lado.

«¿Cuándo decidiste ser cantante?». Era una de las preguntas que se repitieron varias veces en las pruebas.

Cantante desde siempre

No sé cuándo decidí ser artista. Creo que nunca. La música en mi familia no se hace, se respira. La primera canción que canté en mi vida me la enseñó mi madre en la playa de La Perla, en Mar del Plata. Tendría yo cinco años y nos pasamos toda la tarde aprendiendo «On my own», de Nikka Costa, que estaba muy de moda en aquella época y era de lo más dramática.

En la casa de Argentina teníamos un baúl con tapa plana, de esos que son como de la época del Titanic. Me subía ahí arriba, cogía el cepillo del pelo e imaginaba que era mi micro. No creo que pensara entonces que quería ser cantante. ¿Qué niña no ha cantado frente a las púas de su cepillo? Cuando yo tenía unos seis años, mi madre empezó a cantar en una banda y ensayaban *soul* y *funky* en casa. Supongo que de ahí viene mi afición a Earth, Wind and Fire.

Mi madre, que es tan objetiva como cualquier otra, siempre cuenta que vio en seguida que yo afinaba, que modulaba bien. Seguramente le hacía ilusión que cantara como ella y veía talento donde, en realidad, había

una niña berreando. Aunque creía que yo tenía un don, me dejó muy claro desde siempre que, sin técnica, no puedes llegar a nada. «Para cantar hay que estudiar, Laurita».

La acompañaba a sus clases de lírica, aquello era tan natural para mí como comer o dormir, y a ella le gustaba que fuera así. Eso no quiere decir que no me repitiera a todas horas que lo de cantar era maravilloso, pero que debía tener, además, otros estudios para defenderme en la vida y para tener cultura general. Siempre me ha hecho gracia esa expresión de «defenderse», como si la vida te atacara. ¡Qué importantes son las palabras y cómo reflejan las maneras de vivir y de pensar!

Mi padre, desde siempre, nos cantaba canciones de niños con la guitarra. Fue muy fácil para nosotros llegar a la música, escucharla todo el día. Recuerdo a mis padres cantando y bailando con la radio desde que tengo memoria.

Cuando yo tenía ocho años, nos mudamos a Palma de Mallorca. Allí había muchos hoteles y necesitaban cantantes. Primero fueron mis padres y, seis meses más tarde, llegamos mi hermano y yo, dejando a mis abuelos en Mar del Plata. Poco después —yo debía de andar por los once—, mis padres tuvieron que irse a Canarias a trabajar, porque en Mallorca la cosa se había puesto difícil. Por aquel entonces, el sonidista de la banda de mi madre, el tío Marcelo, vivía con nosotros, así que ellos le dejaron unos documentos con poderes y se mudaron duran-

te seis meses. Así es mi familia: mis abuelos de el Líbano a Argentina; mis padres de allí a Mallorca, luego un ratito a Canarias; yo de Palma a Barcelona y ahora en Madrid, y donde haga falta. Somos de todas partes y de ninguna, y he aprendido a disfrutarlo después de mucho tiempo de sufrirlo. Somos ciudadanos del mundo, compensamos el desarraigo con nuestra facilidad para la adaptación. Somos capaces de crear un nido allá dónde vayamos. Al final, lo que importa de verdad es la gente que te rodea, no el lugar donde uno vive. El caso es que han pasado los años y, tras aquellos seis meses cuidando de nosotros, el tío Marcelo es nuestro héroe a día de hoy por habernos aguantado con tanta paciencia esos seis meses.

En Navidad viajamos solitos en avión para ver a mis padres. Ellos trabajaban en el hotel Maspalomas. Allí había un nivelazo tremendo en la animación, por eso nunca he entendido por qué, cuando mi madre preguntó si yo podía cantar con ella un villancico, no la mandaron a tomar viento. Y allá que me subí yo, superdecidida, a interpretar «White Christmas» con bastante más desparpajo del que tendría ahora. Pero que fuera decidida no quiere decir que no estuviera nerviosísima; recuerdo los chorretes de sudor resbalándome por la espalda. Acabé aquella primera actuación totalmente empapada. Algunos años más tarde, me hizo ilusión cantar con mis padres en el hotel donde trabajaban. La Navidad era el momento perfecto para que una niña debutara cantando, y así lo

hice. Fui creciendo y empecé a interpretar algunos temas del repertorio de mis padres de tanto en cuando, y acabé teniendo el mío propio.

A los dieciséis años decidí que pasaba de aquello, yo lo que quería era salir con mis amigos y divertirme, como cualquier niña de mi edad, pero mi madre enfermó poco después y tuve que reemplazarla a tiempo completo en un hotel de alemanes de Alcudia. Los clientes no paraban de preguntar que dónde estaba la cantante buena que se sabía temas en alemán. Mi madre cantaba en todos los idiomas que hiciera falta. Yo solo cantaba en inglés, estaba desquiciada y sufrí como una bestia las primeras veces, pero aquello era el sustento de mi familia y no podía fallarles. Y así me convertí en cantante, sin pensarlo, como lo más natural del mundo, como si lo hubiera sido siempre. Ese año repetí curso, pero creo que valió la pena. Así empezó todo.

Curiosamente, dormí muy bien aquella noche en Valencia y volví a mi isla contenta, aunque no exultante, supongo que por lo curtida que estaba a pesar de mis escasas veintiséis primaveras. O quizá fuera la emoción, que me dejó anestesiada. No lo sé. Miro hacia atrás y me veo mucho más vieja entonces que ahora. Se me había engrosado la piel, para no sufrir, para no sentir. Gracias a Dios, a mis amigos, a todo lo que he aprendido desde entonces, esa piel es mucho más fina ahora.

Menos mal. ¡Cuántas cosas buenas me perdería de no ser así!

Seguí dando vueltas en mi rueda: guardería, casino, novio..., hasta que me volvieron a llamar desde aquel programa que prometía el estrellato definitivo. Esta vez tenía que ir a Madrid, al Palacio de Congresos. Una vez más, me alegré, pero sin histeria alguna. Hay que ver cómo se acostumbra una a no desquiciarse, a no gritar de la felicidad. ¡Qué horror! Pensé que ya era el momento de comentarle a alguien que no fuera «él» que estaba haciendo unas pruebas para cantar en la tele, así que se lo solté a mi familia. A mis padres no les hizo ninguna gracia, aunque respetaban mi decisión, como siempre. La exposición pública no les parecía bien, supongo que se imaginaban algo como *Gran hermano*. Les prometí que ellos quedarían al margen de todo aquello y asintieron, probablemente pensando que yo no sabía lo que estaba diciendo, que me metía en un sarao de frikis del que saldría por patas al cabo de una semana. A él tampoco le pareció bien que su novia saliera en la tele. Era por protegerme, decía. Ya, ya... «Laurita, la gente de la tele solo busca su propio interés».

Curiosa su reacción, sobre todo teniendo en cuenta todo lo que pasó después, con la tele y con el interés. Gracias a Dios, yo lo tenía claro no, clarísimo. Aquella era mi oportunidad y me iba a lanzar me dijeran lo que me dijeran. «Si te gusta, bien; y si no, también».

Los *castings* definitivos

Esta vez volé yo sola a Madrid. Mucho mejor, así iría a mi aire totalmente. Era perfectamente capaz de *untarrajearme* con huevo con mis propias manitas en caso de necesidad. De nuevo, en el lugar que deberían ocupar los recuerdos, hay una nebulosa. Sé que había menos gente que en Valencia y que fueron dos días de pruebas continuas: temas en solitario, corales, entrevistas con la psicóloga, aquel hotel del que solo recuerdo que estaba cerca del lugar donde nos hacían las pruebas. Dormí en la habitación con Mireia y con Verónica y, según iba superando fases, decían en voz alta el número que había en la pegatina azul que llevaba en mi pecho.

En una de las tantas esperas, Álex me pidió un cigarro y yo se lo negué. «Si quieres fumar, te compras un paquete». ¡Qué dulzura la mía! Con lo bien que nos hemos llevado después. Quizá actué así porque lo veía como la competencia. Todos queríamos el mismo trozo de carne y aún no sabíamos que había suficiente para todos. David también se me acercó sonriendo.

—Qué guapa eres.

—Gracias.

Supongo que nos sonreímos. Supongo que fue un soplidito de aire fresco tras tanto aire enrarecido.

David y Bustamante estaban también en el grupo de las pegatinas azules. En algún momento, yo canté «I say a little prayer» y David una de Camilo Sesto. ¡Cómo se

notaba que tenía tablas! La gente de orquesta sabe cómo moverse, dónde poner las manos, dónde mirar, cuándo hacer los giros, hasta dónde se puede llegar..., y él, a pesar de que ese día estaba muy resfriado, llegó hasta donde quería. Los que llevamos mucho escenario bajo el zapato nos reconocemos entre nosotros. Así que no me corté un pelo y, en un momento dado, me acerqué a él: «Si no te seleccionan, vente al casino de Palma. Te pagamos estancia y cantarás para dos mil personas cada noche». Así, sin anestesia. Aquel chaval tenía algo especial y no iba a dejarlo escapar. Como cantante, quiero decir... Él se puso muy contento, era todo alegría, inocencia y desparpajo. Me lo agradeció, nos dimos los teléfonos y cada uno siguió a lo suyo.

Los *castings* seguían, aquello era interminable, me encontraba agotada, pero a mí no me importaba. Estaba dispuesta a escalar la montaña más alta, a darlo todo, costara lo que costara. Durante la segunda noche en el hotel, ya había suficiente confianza y mis compañeros se dedicaban a lo normal de su edad, que era llamar a las puertas, correr en pijama por los pasillos y hacer un ruido infernal. Yo era mayor que ellos, y no solamente porque hubiera nacido antes. Yo ya era una adulta, lamentablemente. Ellos eran niños y querían jugar. Pero yo necesitaba dormir, descansar y estudiarme los temas que cantaría al día siguiente. Aquellos chavales no tenían una vida de la que huir, a ellos les movía la ilusión, no la supervivencia, como a mí. No sabéis lo duro que puede llegar a

ser esto, queridos. Les eché la bronca y no me hicieron ni puñetero caso. Lo normal, vamos. A día de hoy, siguen recordándome lo cascarrabias que era.

En algún momento del último día tuve que cantar un tema de Marcela Morelo, que tiene todo mi respeto, pero que —reconozco— no es lo mío. ¡Qué coñazo! Ya estaba un poco cansada de tanto baile, tanto cante, tanta psicóloga y tanto cachondeo hotelero, pero todo se me olvidó cuando me metieron en aquel despacho, me dijeron que estaba seleccionada y que nos veríamos en Barcelona para la prueba final.

El siguiente paso

Volví a Palma y me despedí de mis dos trabajos. A lo loco. Fue un acto de fe o de locura, quién sabe. A nadie le sorprendió. Manolo, mi jefe en el casino, me preguntó si estaba segura de que iba a entrar en el concurso y se sorprendió mucho cuando le dije que no, pero que necesitaba dar ese paso. Quedarme en la isla cantando en el casino para siempre jamás no era una opción. Si no era en el concurso de la tele, encontraría otra manera de tirar hacia adelante. Ya improvisaría.

Yo no era así, yo siempre lo medía todo, lo controlaba todo. El azar no era algo que cupiera en mi vida, pero supongo que ya estaba harta de tanta planificación y tan poca locura. Manolo lo entendió y me aseguró que mi

puesto seguiría ahí si no tenía suerte. Me alegré. Me tranquilizó mucho. Me permitía ser un poco más libre, aliviaba el peso sobre mis hombros. Esa era mi recompensa. En seis años jamás le había fallado, ni una sola noche. Durante mi fiesta de despedida en el casino solo podía pensar que mis compañeros eran una gente maravillosa, pero que yo tenía que irme de allí por patas si no quería hundirme del todo.

Durante aquellos días, él no se pronunció demasiado. Parecía estar más ilusionado con mi proyecto, se gastaba un rollo «si no puedes con el enemigo, únete a él». A esas alturas ya sabía que sus caras largas no me iban a desanimar. Me pregunto en qué momento la inmensa admiración que yo sentía por aquel hombre mutó en la desgana más absoluta. Era el mejor músico que he conocido. La pareja con la que mejor he conjugado trabajo y amor. Me enseñó a amar la música, a ser disciplinada, a saber diferenciar cuándo estaba trabajando y cuándo podía disfrutar de una buena canción. Me obligó a valorarme, a encontrar mi estilo, a saber que, con trabajo duro, podría llegar a algo grande. Pero de eso ya hacía tiempo. Por aquel entonces ya solo vivíamos de rentas. A mí ya me daba todo igual, lo único que me importaba era volar, irme lejos, cambiar la piel de arriba abajo.

Me fui a Barcelona y solo me recuerdo leyendo aquella carta que cambiaría mi vida para siempre. No sé si canté, ni cuántos días estuve allí. Solo existe la carta y la vuel-

ta a Palma, con la vista puesta en un futuro que, por fin, me ilusionaba sin medida alguna. ¡Aleluya!

Nos habían dado un listado con toda la ropa que teníamos que llevar y, mientras estaba en El Corte Inglés comprando pijamas, recibí una llamada de Producción.

—Estamos haciendo unas camisetas con vuestros nombres, ¿qué ponemos en la tuya?

—Huy, ni idea. —Llamé a mi padre, como siempre que dudo sobre algo.

—Querida, debería ser Chenoa, que es el nombre artístico que te pusiste hace diez años y todavía no lo has estrenado. Ya es hora, linda.

Señores de producción...,

—... pongan ustedes Chenoa en la camiseta.

—Che... ¿qué?

—CHE-NO-A.